

dos de un pretil. Sacó de su bolsillo una pequeña Biblia y me enseñó un versículo del Deuteronomio, que prueba que este pretil ha sido colocado en las azoteas desde los tiempos mas remotos, por mandato de Jehová. «Cuando edificares casa nueva, pondrás pretil á tu terrado, para que no la hagas responsable de sangre si de él cayere alguno.»

§ IV

EL VALLE DE JOSAFAT Y EL MONTE DE LOS OLIVOS.

Quiso Dios que en aquel tiempo cayese yo enfermo en el hospicio franciscano, de un mal agudo que me obligó á guardar el lecho durante dos dias. En el triste período de mi enfermedad recibí de parte de los frailes muestras de caridad y de cariño. El médico, que era italiano, me atendió con sumo esmero, así como el hermano Juan, repostero, el cual hablaba español correctamente, y tuvo para mí cuidados fraternales.

En esos mismos dias llegó á Jerusalem y al hospicio franciscano, un jóven frances, peregrino como yo, Mr. Maurice Delestre. Nuestros caracteres se avinieron en seguida, nuestros pensamientos se encontraron de acuerdo, y hallamos que teníamos un modo semejante de mirar las cosas. Una amistad franca y sincera vino á ser muy en breve el resultado de nuestra concordancia en todo. Mr. Delestre era un jóven de veinticuatro años, hijo de un médico de Paris, y habia acabado de recibir su título de abogado. Soldado en tiempo de la guerra con Prusia, desplegó en la lid bravura indómita, y mereció de la prensa elogios gloriosos que hicieron su nombre conocido en toda la Francia. Durante el sitio de Paris, hizo, en compañía de algunos de sus discípulos, varias salidas al campo prusiano. En una de estas excursiones quedó en el campo con el pecho traspasado por una bala. Fué conducido á Paris por sus amigos, y

en su lecho de muerte, cuando arrojaba torrentes de sangre por la boca, recibió la condecoracion de oficial de la Legion de Honor.

Febrero 13.

Recobrado de mi mal, proseguí este dia mis excursiones. Salimos del convento á las diez de la mañana mi nuevo amigo Delestre, Proccucci y yo, sirviéndonos de guía un judío llamado Mussa (Moisés), viejo de barba blanca y venerable aspecto, que hablaba bien español y era el mas antiguo dragoman de Jerusalem.

Pasamos por la Puerta Judiciaria y por el arco del *Ecce homo*, y despues de atravesar un bazar miserable, llegamos á la iglesia de Santa Ana. Es un templo frances enteramente moderno, de hermosa arquitectura gótica, iglesia la mas hermosa de Jerusalem despues de la del Santo-Sepulcro. Hecha á expensas de la Francia, corre de cuenta del cónsul frances. Una cripta que se encuentra en la nave de la derecha, señala el lugar donde nació la Virgen María. A pesar de la construccion, se miran en algunas partes las paredes de la gruta natural.

Aquí vino al mundo la Mujer Santa que fué templo vivo de Dios; aquí la única criatura sin mancha que haya nacido de hombres; aquí la madre del Crucificado, redentora del mundo; aquí la segunda Eva, madre de la vida eterna del género humano; aquí la Virgen Purísima á quien adoran los ángeles, y en cuya hermosura se recrea el Autor de todas las cosas.

Salimos de la iglesia. Frente á la puerta de entrada se encuentra la Piscina-Probática (Bethesda). Actualmente hállase rodeada por un muro, para impedir que se le arrojen escombros. Está en seco, y á mitad cegada por la tierra de los siglos. Tiene cien metros de longitud y cuarenta de anchura. Fué construida por los primeros reyes de Israel; generalmente se cree que por Salomon. Es el único resto indudable que se conserva de las contrucciones genuinamente hebráicas. Se cree que en otro tiempo servia para lavar los anima-

les que debían ser inmolados en el primer Templo. Algunos juzgan que tenía en su fondo un venero natural que la proveía de agua; pero la opinión más general es, que recibía el agua de la Fuente Sellada, por medio de un acueducto. El aspecto de esta piscina es imponente. La obra es gigantesca, de aquellas que solamente se hacían en la antigüedad. Está tallada en la roca. Para evitar los desplomes y derrumbamientos, sus paredes están hechas de grandes piedras unidas con cinchos de hierro. Sobre estas piedras hay una capa de mezcla y piedras pequeñas, y sobre todo esto, otra capa de una composición impermeable.

Aquí fué donde Jesucristo curó al paralítico, diciéndole: «Levántate, toma tu lecho y anda.» Esta especie de lechos de que se habla en el Evangelio, tienen todavía un uso muy común en Palestina. Son simples jergones unidos entre sí, á manera de colchones, que en el día se dejan arrollados sobre los bancos de piedra que hay en los patios de todas las casas, y se desenvuelven por la noche sobre estos mismos bancos, que es donde se duerme. Bien pudo, pues, el paralítico cargar con un lecho de tal naturaleza, cuando Jesús le ordenó que lo cargara.

Sobre la tierra que ciega la piscina, crecen aquí y allá algunos olivos silvestres. La naturaleza invade poco á poco esta obra prodigiosa de los hombres. Andando el tiempo vendrá tal vez la renombrada Bethesda á desaparecer totalmente bajo los escombros y la vegetación, que la igualarán con el resto del pavimento.

Llegamos á la puerta de la ciudad, llamada de San Estéban por los cristianos, y de la Señora María por los indígenas. (*Bab-sitti-Mariam.*)

Al occidente se destaca el Monte de los Olivos, en cuya cima se miran blanquear algunas habitaciones; á su pié, al occidente, la mirada se sumerge en el Valle de Josafat, llamado por los árabes valle de Siloe. (*Uadi-Siluan.*)

Bien pronto descendimos al valle. Su fondo está desgarrado por

el lecho, ahora en seco, del torrente Cedron. Este torrente se forma con la lluvia, y baja de las vertientes lejanas de las montañas. Ha labrado su cauce en la piedra dura, y es muy estrecho. Un solo puente lo atraviesa.

Al occidente hay una roca blanca que señala el lugar de la lapidación del primer mártir. Aquí trageron los judíos á Estéban, *lleno de gracia y de fuerza, y que hacia prodigios y grandes milagros entre el pueblo*; y tomándolo por blanco de sus iras una muchedumbre excitada por los sabios de la Sinagoga, arrojó piedras sobre él en cantidad innumerable. Entonces Estéban, cayendo de rodillas antes de morir, gritó con voz muy fuerte: «Señor, no les imputeis este pecado.» Palabras dignas de un discípulo del Crucificado. Grande gloria la del primer hombre que dió su vida en testimonio de la divinidad del Cristo. Él fué el centinela avanzado del ejército de paz, que derramándose sobre la tierra, dejó tintas en su sangre las arenas del Circo, sirvió de tea para alumbrar los jardines de los Césares, y firme é invencible en medio de los tormentos, echó por tierra el coloso de la fuerza, y sobre sus miembros mutilados y monstruosos, erigió el mundo moderno, de amor y de fraternidad entre los hombres.

Cerca de allí se levantan algunos monumentos fúnebres en forma piramidal, tallados en la roca. Tienen la pesadez de las obras egipcias, mientras en su ornamentación se descubre algún intento del gusto griego. Son las tumbas de los Jueces. Aquí empieza el valle de Josafat, donde Jehová dijo, por boca de Joel, que *juntaría todas las gentes y entraría en juicio con ellas*.

El valle de Josafat no tiene, á su principio, más de cien metros de anchura; va serpenteando en torno de Jerusalén, y se une á alguna distancia con el valle del hijo de Hennon, donde no tiene sino la anchura del torrente y toma el nombre de valle del Fuego (*uadi-en-Nar*); y más lejos se confunde con el valle de Gehenna y con el de Gihon. Su longitud es, poco más ó menos, de una legua. A la

derecha está limitado por el monte Gihon, el monte Bezeta, el Moría—donde antes se levantaba el Templo y ahora se levanta la mezquita de Omar,—y la colina Ofel. A la izquierda está cerrado por los montes Escopo, Olivete y del Escándalo. Al pié del monte del Escándalo se asienta la aldea de Siloe. Frente á Jerusalem, el valle de Josafat está cubierto de tumbas modernas: son musulmanas las de la ribera derecha del torrente, y las de la izquierda judías.

Los judíos vienen de los cuatro puntos cardinales del globo á Jerusalem, por solo el deseo de ser sepultados en esta tierra. ¡Extraño destino del valle de Josafat, que ha servido de cementerio desde hace miles de años!

Aquí fué donde el rey de Sodomá vino á encontrar á Abraham, despues que el patriarca hubo derrotado á los vencedores de la Pentápolis y libertado á su sobrino Lot que venia prisionero. David, huyendo de su hijo Absalon, pasó por aquí á pié con sus fieles servidores. El Salvador del mundo atravesó muchas veces este valle, yendo al monte Olivete á elevar sus oraciones al Padre, ó dirigiéndose á visitar á sus amigos de Betania.

Nada puede imaginarse mas imponente que esta hondura de Josafat, árida, desierta, cubierta de tumbas y surcada en su parte mas profunda por un torrente tristísimo, que rodando por allí al través de los siglos, ha señalado su paso en la roca viva, haciéndose una urna estrecha, que parece tambien largo sepulcro. Elevando los ojos, se miran desde aquí Jerusalem sobre la montaña, las murallas góticas de la ciudad, la Puerta Dorada que antes llevaba al Templo, tapada ahora con piedra, y las blancas cúpulas y delgados minaretes que se destacan confusamente en el espacio. Este conjunto de piedra tiene una solemnidad imponente. Jerusalem con todo cuanto la rodea, presenta marcado aspecto de extraordinario. Nada tienen que ver estos lugares con los demas lugares de la tierra. Aquí está el misterio, aquí está la Biblia; hé aquí el teatro de las obras del amor tremendo, y de las venganzas tremendas de Jehová!—

Pasado el torrente Cedron, hay á la izquierda un monumento de arquitectura bizantina. Una puerta parecida á las de la iglesia del Santo-Sepulcro, le sirve de entrada. Es un profundo subterráneo tallado en la roca. Una gradería de cincuenta escalones conduce al fondo de aquel antro, donde reinan las tinieblas de una noche perfecta. Es la tumba de la Madre de Dios. Aquí están asimismo los sepulcros de San Joaquin, Santa Ana y Señor San José. Al fin del subterráneo, en una capillita á la derecha, se encuentra la urna donde, segun la tradicion, reposó breve espacio el cuerpo de María, antes que los ángeles lo llevaran al cielo. Esta tumba, así como la de Jesus, está cubierta con mármol. Multitud de cirios y de lámparas arde en la pequeña capilla. Sacerdotes coftos, de pié junto á la tumba, la velan sin interrupcion, y oran en voz baja, moviendo con gran fervor sus labios é inclinándose á cada instante.

No es de extrañarse que se encuentren aquí reunidos los sepulcros de la Virgen, de sus padres y de su esposo, pues conocida es la costumbre de los judíos de hacer sepulcros de familia.

Oré allí un instante con gran devocion, y pedí á la Madre de Dios y de los hombres por todos los que amo. Griegos, armenios, coftos y abisinios se encontraban allí arrodillados rezando fervorosamente. Hácia un extremo de la capillita, asidos sobre unas esteras, se encontraban mujeres y hombres musulmanes, elevando con canto nasal y monótono su plegaria á la Señora María (*sitti-Mariam*). Aquella reunion de adoradores de la Virgen de países diferentes, de lenguas extranjeras entre sí, de creencias disímolas, era hermoso contemplarla: como si aquella á quien se rendia culto, Madre de amor, que envuelve en amor el mundo, cobijara bajo su manto á la humanidad entera y á su arrimo los hombres olvidaran sus discordias, y en armonía tranquila no tuvieran corazon sino para elevarlo hasta sus plantas. No es la filosofia rígida y helada la que ha de producir la paz en el mundo; es al impulso de un mismo pensamiento, al calor de una misma creencia y bajo la bóveda de un solo templo como han de establecer-

se el sosiego en las sociedades y la fraternidad entre las gentes. Sublime comunión de la fé, que hará de los pueblos un inmenso corazón, ardiendo con el fuego de una idea y de un sentimiento.—

Saliendo de la tumba de la Virgen, hay á la izquierda una especie de cañon estrecho, camino sin salida practicado en la roca. En el fondo de este cañon hay una pequeña puerta de fierro. Llamamos á ella. Un viejo franciscano vino á abrirnos.

Entramos en la *gruta de la Agonía*. Aquí fué donde Jesus se retiró á orar la noche víspera de su pasión. La gruta es pequeña y de forma circular. La bóveda es natural de la roca, y un agujero practicado en lo alto, deja penetrar en aquel recinto dulcísima claridad. Por todas partes hay flores. Un altar que se levanta en el fondo está cubierto de ellas. Son flores del jardín de Getzemaní, que cogen los frailes y depositan sobre aquellas benditas aras. Un franciscano guarda esta gruta, y allí reza y come, y no se aparta un instante de aquel lugar, hasta que viene otro franciscano á reemplazarlo.

Sobre una tabla de madera que hay á la izquierda, se miran escritos estos versículos del Evangelio de San Lucas: *et factus in agonia prolixius orabat; et factus est sudor ejus sicut gutte sanguinis decurrentis in terram*, y habiendo entrado en agonía, oraba con mayor vehemencia, y fué su sudor como gotas de sangre que corrian hasta la tierra.

Al leer aquellos versículos, inmenso terror me helaba la sangre. Experimenté la misma emoción que hubiera sentido, si, ignorante de las peripecias de la tragedia de la Cruz, se me hubiera dicho de improviso: *el Hijo de Dios entregado á un dolor sin ejemplo, en este lugar sudó sangre*.

Jesus, el Justo, el Santo de los santos, padeció las penas mas agudas que pueden padecerse; y yo, entregado ciegamente á las cosas del mundo, paso mi vida tranquila, como si al fin de mi camino no hubiera una eminencia adonde me es preciso subir, ó un abismo en donde me es preciso despeñarme. Jesus sudó sangre por el género

humano; ¡qué mas podría hacer la clemencia del cielo, que agitarse sobre todos los abrojos que tapizan la tierra! Esa agonía, esa sangre, esa muerte, abrieron las puertas al porvenir de las almas, y si las almas en vez de lanzarse con las alas abiertas á la altísima region que campea sobre el espacio y el tiempo, se arrastran torpemente por el fango del mundo, ¿qué será de esa agonía, de esa sangre y de esa muerte? El corazón se sobrecoge de espanto á este pensamiento, dolores del sepulcro lo rodean, y se siente oprimido en los lazos de la muerte.

La redención es la esperanza mas espléndida del género humano; pero es tambien su amenaza mas tremenda. Es elixir de vida, que puede trocarse en tósigo amargo y corrosivo; es reclamo de amor que suena con armonía inmensa y serena en el espacio, que puede convertirse en sentencia de muerte repercutida en los antros tenebrosos del profundo Cocito.

Aterrado permanecí de rodillas haciendo estas reflexiones, donde Jesus mismo de hinojos, rogó á su Padre apartara de sus labios el cáliz de la amargura. Yo tambien temo los sinsabores de la tierra; tambien yo me estremezco de espanto al pensar en esta tremenda pasión que envuelta en tinieblas se me espera en el porvenir, y que se llama la vida; yo tambien ruego al Padre aparte de mí este cáliz á cuya vista siento que flaquean las virtudes de mi alma. Pero si esto no es posible, si es preciso que arrastre mi existencia como una cruz por el mundo; si mi corazón debe ser coronado de espinas; si tengo de subir moribundo al Gólgota de mi agonía, yo tambien digo como El que me enseñó á esperar, á sufrir y obedecer las voluntades de arriba: *hágase en mí, Señor, tu voluntad y no la mia*.—

Saliendo de la gruta y caminando un poco por la falda del monte Olivete, se llega á un pequeño espacio cuadrado, rodeado de murallas de piedra. Una puerta de fierro en extremo baja, le sirve de difícil entrada. Tiramos del cordón de la campana, y vino á abrirnos al instante otro franciscano. Entramos encorvándonos, y nos encontramos

en un pequeño jardín de la apariencia mas risueña. Es el huerto de Getzemaní (*bustan-el-Zeitun*). Como se ve, la palabra española *aceituna*, se deriva de la árabe *zeitun*. Y sea dicho entre paréntesis.

Los padres latinos cultivan este jardín con el mayor esmero; la tierra se ha hecho fértil bajo su cuidado; pequeños canales de agua cristalina la riegan; por todas partes hay verdura y flores, y de en medio de aquella vegetación tan risueña, se levantan ocho seculares olivos de robusto tronco y estatura gigantesca. La tradición señala estos olivos como los mismos bajo los que oró Jesús, y fueron testigos de sus padecimientos y sus lágrimas. Se dice que Tito hizo cortar todos los árboles de los alrededores de Jerusalén, para formar sus máquinas de guerra; pero esto no debe entenderse tan al pie de la letra, que no hayan podido escapar algunos de ellos. Por otra parte, sabido es que los olivos son, por decirlo así, perennes, pues de sus raíces salen nuevos retoños, aun cuando sean cortados los troncos. Así, bien puede suceder que, aun no siendo estos olivos los mismos del tiempo de Jesucristo, sean retoños de sus raíces á lo menos. Sobre todo, la tradición los señala como venerables, la humanidad cristiana los venera desde tiempo inmemorial, y son dignos de veneración por solo este hecho.

En los muros interiores del jardín hay de trecho en trecho pequeños nichos, que contienen bajo-relieves, representando la pasión de Jesucristo. Aquellos bajo-relieves dan al jardín religioso místico aspecto, lo convierten en lugar santo, y hacen de él un templo al aire libre, que tiene por alfombra las pompas de la naturaleza y por bóveda las inmensidades azules.

Paseéme largo espacio por las calles de aquel huerto, y reposé del cansancio y del calor de aquel día bajo la sombra de los vetustos olivos, y sentado al pie del tronco de uno de ellos, me sumergí en profundas reflexiones sobre las escenas pasadas en aquel sitio. Recogí algunas aceitunas de las muchas que había regadas por el suelo, y

el guardian franciscano, mirando con cuánto afán las recogía, me regaló un ramito de olivo y me formó con sus manos un hermoso ramillete de flores de las mas bellas del jardín.

El olivo en todos tiempos ha sido señal de paz en el mundo. Cuando las cataratas del cielo se rompieron, se inundó la tierra, y perecieron los seres vivientes que la habitaban, pasados cuarenta días, la paloma que envió Noé fuera del arca, volvió con un ramo de olivo en el pico, para significar que el cataclismo había cesado y que la naturaleza cobraba de nuevo su reino pacífico sobre la superficie del globo. En los tiempos antiguos y modernos, el olivo ha significado entre las naciones, la calma tras de las tempestades, la paz tras de la guerra. El Salvador del mundo venía á orar al monte Olivete, y á la sombra de los olivos meditó sobre su sacrificio, y decidió llevar á cabo su misión de caridad, de amor y de paz entre los hombres. Lo repito, las cosas materiales parecen ser símbolo de las inmateriales y mas altas; misteriosa concordancia del mundo de los espíritus con el de los cuerpos; armonía eterna de las cosas, que, procedentes de un principio, son ordenadas bajo un plan, y conspiran á un fin mismo.

Fuera del jardín de Getzemaní, y hácia un lado de la puerta de entrada, se encuentra una roca blanca, que señala el lugar donde Jesucristo hizo esperar á sus discípulos Pedro, Juan y Santiago, mientras iba Él á pedir al Padre lo fortaleciera, á la gruta donde sudó sangre. Este lugar se encuentra, como dice el Evangelio, á la distancia de un tiro de piedra de la *gruta de la Agonía*.

Mientras el Salvador del mundo desfallecía al pensar en los tormentos que le esperaban y en la ingratitud de los hombres, en aquella noche terrible, los discípulos que lo acompañaban, incapaces de comprender su dolor inmenso, se echaban insensatos en brazos del sueño. La humanidad también, ingrata á la pasión del Hijo de Dios, se entrega á los placeres del mundo, y se adormece indiferente en medio de sus crímenes, sin escuchar la voz de lo alto que le dice: *Velad y orad para que no entreis en la tentación*. Y es que entonces